

conquistar la libertad venezolana; en Boyacá la soberanía de Colombia; en Junín y en Pichincha el nacimiento de Bolivia y la emancipación del Ecuador; y finalmente en Ayacucho el aniquilamiento definitivo del poderío español en el Perú y el término de la lucha enconada que por años enteros Bolívar había emprendido sin desmayos en las adversidades y sin cejar un instante en sus propósitos, hasta realizar sus ideales generosos y hacer de la América Meridional, su escenario majestuoso, tierra de libertades, redimida con la sangre de 600,000 insurgentes caídos en una década y media de epopeya. «Catorce generales de España entregan en Ayacucho—dice el inmortal Enrique Rodó con la elegancia que le caracteriza,—al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando».

Pero Bolívar no es sólo el militar esforzado que puede en conciencia enorgullecerse de sus acciones de armas; no es sólo el revolucionario que derrumba, sin aptitudes para construir, la obra contra la que endereza sus ataques, no es el político, ebrio de poder, que hubiera podido ante el delirio de sus soldados y el entusiasmo arrollador de sus partidarios, ceñir una corona a su frente acariciada por el soplo de la victoria; pero Bolívar, con la conciencia de su grandeza escribía a Páez estas palabras severas y magníficas: «El título del Libertador, es el mayor de cuantos ha recibido el orgullo humano. Me es imposible degradarlo». Así, con esa conducta abnegada, justificó las predicciones de Benjamín Constant: «Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene precedente. Washington no tuvo nunca en sus manos, en las colonias británicas del norte, el poder que Bolívar ha alcanzado entre los pueblos y desiertos de la América del Sur».

Con razón ha escrito Rufino Blanco Fombona, en su prólogo a los Discursos y Proclamas de Bolívar, estas frases que no por ser encomiásticas e inspiradas por la admiración al invicto patriota, dejan de ser rigurosamente verdaderas: «Bolívar ha cumplido casi sin elementos y a despecho de la naturaleza y de los hombres, una de las empresas más grandiosas que tocó en suerte a un héroe. Ha emancipado cuatro veces más millones de colonos que Washington. Una sola de sus creaciones, Colombia, que tiene 112,000 leguas cuadradas, es más vasta que todas las conquistas de Napoleón. La Historia no conoce guerrero cuyo caballo de batalla haya ido más lejos y

cuyo teatro militar fuera tan extenso. Ni los capitanes europeos, Gonzalo de Córdoba, Carlos XII, Federico el Grande, ni los guerreros fabulosos del Asia: Gengis Khan o Tamerlán, han recorrido triunfantes, tantas tierras como él. Con razón y con orgullo americano, pudo escribir José Martí: «Bolívar recorrió más tierras con las banderas de la libertad, que ningún conquistador con las de la tiranía».

Por eso, por la excelsitud de la figura del héroe, por las proezas que realizó y que constituyen su obra magnífica, por los ideales de confraternidad latina que germinaron en el noble corazón de Bolívar, por haber dado vida a cinco naciones sudamericanas, sosteniendo por doquiera la llama sagrada de la rebelión hasta que del Bravo a la Tierra de Fuego ardieron sin que mano criminal se atreviese a apagarlos, los altares de la libertad, por ser antes que todo Simón Bolívar, el ciudadano más representativo de la América La-

tina, el caudillo más invicto de las libertades de nuestros pueblos hermanos, que todavía encuentran tropiezos y obstáculos en la senda que ha de conducirlos a la cumbre de sus destinos; por todo ello, nos enorgullecemos de que la estatua del héroe, «cuya existencia—según ha dicho inspiradamente un escritor contemporáneo—aparece como una tempestad de metralla, soplando desde las cimas de los Andes, y un paseo triunfal de veinte años por las capitales de Suramérica», figure en uno de los más céntricos lugares de Nueva York, en tierra de Washington y Lincoln, para que esa estatua ecuestre del genial insurgente, evoque siempre ante el pueblo estadounidense la grandeza de la idea de libertad de nuestros infortunados países latinoamericanos, idea de la que el prócer venezolano supo ser el más esforzado paladín.

(*Excelsior*. México).

BOLIVAR Y EL MONSTRUO

POR JOSÉ JUAN TABLADA

TRÁTASE de honrar a Bolívar: acábase de descubrir su estatua ecuestre que culminará en el Parque Central de esta metrópoli...

La atmósfera de libertad que vienen a respirar a esta gran patria los más diversos habitantes de la tierra, desde sus rincones más oprimidos y sombríos, será sin duda propicia al gran prócer de América.

Pero en el acontecimiento a que aludimos existe un sarcasmo doloroso. La estatua de Bolívar ha sido obsequiada por el gobierno de Venezuela, es decir, por Juan Vicente Gómez... La ironía es terrible: el creador de naciones en manos del destructor de un pueblo... El Maestro de la Libertad usado en inverecunda comedia por el Último Tirano de América; el Minotauro sirviendo de aceite en la lámpara de las Vestales; el buho queriendo hacer un nido, con rayos de luz, en medio de las águilas solares!

Que Juan V. Gómez haya querido coger con su diestra impura y torpe, ese radiante símbolo de libertad universal que se llama Bolívar, equivale al gesto de unas manos leprosas intentando sujetar al sol... No, el lazarino no puede identificar con el oro astral, las costras de su lepra, y la animalidad de Gómez ensaya un vano mimetismo al querer disimular su negrura acercándose al nimbo refulgente de Bolívar.

El hecho de que Gómez haya regalado, creyendo así prestigiarse, una

imagen del Libertador, es tan grotesco como sería el episodio de un capitán negrero, traficante de «ébano humano», regalando una estatua de Lincoln! Es tan grotesco que raya en burla, antojándose una fábula en la que un caimán cebado y cenagoso, queriendo congraciarse con una colonia de abejas, les hiciera el fragante don de un ramo de flores primaverales...

Entre el ceremonial de cancillerías el acto a que aludimos puede asumir un aspecto solemne aunque superficial; pero con poco que observen los que lo consideren, anotarán el doloroso contraste y la repugnante inarmonía.

Gómez el tiranuelo, turbando la augusta paz del Mausoleo de Bolívar, arrancándole un pedazo de alma, envolviéndolo en bronce y mandándolo en comisión al extranjero, para mayor gloria del sátrapa, como si se tratara de un cónsul o de un esbirro internacional!

Por eso, tras de los entorchados diplomáticos, a pesar de los discursos cívicos y sobre las músicas sonoras, cada vez que en ese acto se pronuncie el vulgar nombre de Gómez, responderá surgiendo de los ecos del Parque, como una resonancia inevitable, como un corolario tras de un axioma, la sonora, la inmortal carcajada de Aristófanes!

Los crímenes de Gómez contra la libertad individual, social y política, son ya bastante conocidos para que aquí los enumeremos. Gómez, que